ADMINISTRACION
LÍRICO-DRAMÁTICA.

LA
TIA DE MI MUJER

COMEDIA EN TRES ACTOS

ORIGINAL Y EN VERSO

DE

D. RICARDO CABALLERO Y MARTINEZ.

Estrenada con extraordinario éxito en el Gran teatro del Liceo *y en el de* Romea *de Barcelona el 27 de Enero de* 1873.

Segunda edicion.

MADRID.
OFICINAS: SEVILLA 14, PRINCIPAL.
1873.

LA TIA DE MI MUJER.

7

LA
TIA DE MI MUJER

COMEDIA EN TRES ACTOS

ORIGINAL Y EN VERSO

DE

D. RICARDO CABALLERO Y MARTINEZ.

Estrenada con extraordinario éxito en el Gran teatro del Liceo *y en el de* Romea *de Barcelona el 27 de Enero de* 1873.

Segunda edicion.

MADRID.
OFICINAS: SEVILLA 14, PRINCIPAL.
1873.

PERSONAJES.	ACTORES.
MATILDE.	D.ª VIRGINIA PEREZ.
D.ª ROSA.	» CATALINA MIRAMBELL.
ALBERTO	D. JOAQUIN GARCÍA PARREÑO.
JUAN.	» VICENTE MIQUEL.
EVARISTO.	» HERMENEGILDO GOULA.
SANTIAGO.	» JOSÉ MIÑANA.

La accion en Madrid y en nuestros dias.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, ni en sus posesiones de Ultramar, ni en los paises en los cuales hayan celebrado ó celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Administracion Lírico-Dramática de D. EDUARDO HIDALGO, son los exclusivamente encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

BARCELONA.—Imprenta de J. JEPÚS, Petritxol 10, bajos.

AL ESCELENTE AMIGO

Y DISTINGUIDO PRIMER ACTOR

D. JOAQUIN GARCIA PARREÑO.

A nadie mejor que á V. pudiera dedicar esta obra, puesto que á V. le debo el lisonjero éxito que ha obtenido.

¿Y cómo no, al ponerla en manos del inteligente actor, honra de nuestra escena, que á fuerza de estudio y trabajo ha conseguido captarse el aprecio público?

Quién no conozca á V., quizás juzgue apasionados estos renglones; pero el público barcelonés, que le conoce, que le aprecia y que le aplaude, es el juez á quien apelo.

No hace muchos años, el inolvidable cuanto malogrado D. Julian Romea, víctima de los padecimientos que mas tarde lo llevaron al sepulcro, se vió imposibilitado de calmar las exigencias de un público, ávido de admirar y aplaudir aquella *difícil facilidad* que tan gratos recuerdos nos ha dejado y que V. posee todavía.

Qué hacer en trance tan apurado? Cómo salvar los intereses de la empresa? Qué artista se consideraria con fuerzas suficientes para suplir en sus papeles al Príncipe de nuestra escena?

Reputados actores contaba en aquella época la compañía

D.ª ROSA. El gallo me has levantado.
JUAN. Yo!...
MATILDE. Tiene mucha razon.
JUAN. Pero...
MATILDE. Silencio.
JUAN. Ya callo.
MATILDE. Tu le has levantado el gallo.
JUAN. Que gallo ni que...
D.ª ROSA. Chiton!
JUAN. Pero, por que he de callar?
D.ª ROSA. Porque yo lo mando...
JUAN. Oh
tiranía!...
D.ª ROSA. Y se acabó.
JUAN. Señora!
D.ª ROSA. No hay mas que hablar.
Te he dicho es un desatino
y no nos conduce á nada,
el querer negar la entrada
en la casa á mi sobrino.
A mi sobrino, que es
una persona decente:
hacendado en Crevillente
y biznieto de un marqués!
De niño, su prenda cara
fué Matilde, no lo olvido ,
si ahora fuera su marido
otro gallo le cantára.
JUAN. Pues muy bien lo pudo ser.
D.ª ROSA. Quizá mejor le estuviera.
JUAN. Si vivir de esta manera
es vivir con lucifer!
D.ª ROSA. Y á decir tu labio osa
tal insulto! Bien está.
Con que te has cansado ya
de esa joven virtuosa?
JUAN. Y no hay una pulmonia!...

D. ª ROSA. Reniegas del matrimonio!
JUAN. Señora, usté es un demonio...
D.ª ROSA. Como!
JUAN. En figura de tia.
D ª ROSA. Jesús, que insulto! (Levantándose.)
MATILDE. (Haciendo lo propio.) Juanito!
D.ª ROSA. No me queda mas que ver!
MATILDE. Que ingrato!
D.ª ROSA. Que proceder!...
Y parecia un bendito!...
JUAN. Pues señora mal creido,
estoy harto, me sofoco,
y ya me falta muy poco
para dar un estallido.
Sepa usted por si lo ignora,
que me aburro, que me hastío,
pues de mi libre albedrío
es usted conspiradora.
Que en mirarme padecer
pone usted todo su empeño ;
de mi casa no soy dueño,
ni dueño de mi mujer.
Y aunque cuestiones evito
y soy prudente y me callo,
con mil ideas batallo
por el dichoso primito.
En el teatro, en paseo,
á donde quiera que vamos
al primo nos encontramos;
en todas partes lo veo.
No se puede sufrir mas,
y comprenda que no es justo
que mire contra mi gusto
á ese alfeñique detrás.
Sé que mi esposa es honrada,
incapaz de mala accion...
pero la murmuracion

nunca ha respetado nada.
Esta es la pura verdad;
preciso es que usted lo dome,
pues no quiero que se tome
tanta familiaridad.
Si mis quejas juzga vanas
obraré yo, no le asombre;
pues aunque Juan es mi nombre,
no quiero ser un Juan Lanas.

D.ª ROSA. Nos amenazas?

JUAN. No á fé;
anhelo tan solo el medio
de poner á esto remedio;
si señora, y lo pondré.
Antes que en cólera estalle
y eleve hasta el cielo el grito,
es forzoso que al primito
cuanto antes ponga en la calle.

MATILDE. Que grosería!

Dª. ROSA. No puedo
hacer un desaire tal.

JUAN. Con que se opone?...

Dª. ROSA. Cabal;
á tu deseo no accedo.
Que se diria despues!....
arrojar de aquí á un pariente
hacendado en Crevillente
y biznieto de un marqués!

JUAN. Señora, la sociedad
en comentar se propasa;
quiero la paz en mi casa,
busco mi tranquilidad.
Mi calma ya se agotó,
y si no da usté ese paso,
me veré en el duro caso
de tener que darlo.

MATILDE. No;

no harás tal.

JUAN. No lo he hacer?

D.ª ROSA. Juan mi paciencia no agotes.

JUAN. No quiero ver monigotes
al lado de mi mujer.

MATILDE. Habrá disgustos.

D.ª ROSA. Y gordos!

JUAN. Ya han empezado á venir.

D.ª ROSA. Los sordos nos han de oir.

JUAN. Bueno, nos oirán los sordos.

D.ª ROSA. Pues ahora á tu vez escucha:
ya que eres tan agresivo
y por tan fútil motivo
tratas de emprender la lucha,
juro que el primo en cuestion,
tu esposa y yo te dejamos;
juntitos los tres nos vamos
á mi quinta de Alcorcon,
y allí con el alma quieta
nos hará, pródigo el cielo,
disfrutar para consuelo
de una libertad completa.
Ya verás.

JUAN. Que boberia!
Eso no hará mi mujer.

MATILDE. Como que no! mi deber
me llevará con la tia.
Cuando mi madre murió
en ella otra madre hallé.

JUAN. Señora, que dice usté!
nada le supongo yo?
Acaso para usté, el hombre
á quién por siempre se ha unido
solo tiene de marido
carísima esposa el nombre?
Llegó tal vez á olvidar
para darme mas tormento

el sagrado juramento
prestado al pié del altar?
Conque su infiel corazon
al jurar amor mentia?...
Digna es usted... de su tia?
mil gracias por la leccion.
(Siéntase abatido.)

MATILDE. Pobrecito! (Por lo bajo á D.ª Rosa)

D.ª ROSA. No desdores
tu dignidad de mujer.

MATILDE. Es que si llega á creer
que no le quiero...

D.ª ROSA. No llores.
Ten mas teson.

MATILDE. (Vacilando.) ¿Y despues
si se incomoda que hará?

D.ª ROSA. Que ha de hacer... luego vendrá
á arrodillarse á tus piés.

JUAN. Un año casado soy;
en estos instantes fieros,
venid y aprended solteros
lo que va de ayer á hoy!
Y yo que de ella esperaba...
al fin mujer; no la eximo...

ESCENA II.

Dichos y EVARISTO que sale por el foro.

EVARISTO. Se puede?

D.ª ROSA. Adelante...

MATILDE. (Aparte y con disgusto.) (El primo!...)

JUAN. Este solo me faltaba.

EVARISTO. A Dios prima encantadora.
(Dándole la mano.)
Saludo á usté amable tia.
¿Como está el señor don Juan?
(Apoyando los brazos en el respaldo de la butaca y mirando á Juan por encima del hombro.)

JUAN. (Picado.) Sentado.
EVARISTO. Ja, ja, que risa!
Siempre con su buen humor!
JUAN. (Aparte.) A que le rompo la crisma!
EVARISTO. Lo tengo á usted comparado
con mi amigo Capdevila;
no pasa penas por nada,
es el chico mas bromista...
Se parece á usted en todo.
JUAN. Si, eh?
EVARISTO. Cualquiera diria
que se halla de mal humor;
mas yo que soy una ardilla...
que no se me escapa nada....
D.ª ROSA. Escucha Evaristo.
EVARÍSTO. (Acercándose á las señoras.) Tia!
D.ª ROSA. No hables á Juan, que está malo.
EVARISTO. Malo!
D.ª ROSA. (Como pretexto.) Padece de anginas.
EVARISTO. Vamos, por eso no habla.
D.ª ROSA. Nos ha hecho pasar un dia....
cuando está así, no hay quien pueda
hablar con él; á tu prima
se lo decia hace poco;
se vuelve loco, se irrita
y en lugar de mejorar
empeora.
EVARISTO. Es claro!
D.ª ROSA. (Con marcada intencion.) Evita...
EVARISTO. Está muy bien. Con que al fin
te decides bella prima
á ir al Real esta noche?
MATILDE. Que ejecutan?
EVARISTO. Qué? La Linda.
MATILDE. Veremos; no doy palabra.
D.ª ROSA. Es ópera muy bonita.
EVARISTO. He tomado un palco.

D.ª ROSA. (Con resolucion.) Iremos.
JUAN. (Aparte.) Ya dió su voto la tia.
Lo que es mi mujer no sale.
EVARISTO. Celebro tener la dicha
de acompañarlas.
JUAN. (Aparte.) (Muy bien;
no te hará daño.) Alma mia,
segun lo que estoy oyendo
se trata...
MATILDE. De ir con tiita
al Real esta noche.
D.ª ROSA. (Afirmando.) Pues!...
JUAN. (Aquí vá á estallar la mina.)
Con qué á la ópera? Bueno.
MATILDE. Vienes tú?
JUAN. Yo? no, hija mia;
y no yendo yo, tú debes
tomar mi ejemplo enseguida.
MATILDE. Pero...
JUAN. No hay pero que valga;
pueden el primo y la tia
hacer de su capa un sayo,
no temas los contradiga;
Pero tú, eres mi esposa,
y mi esposa, como es mia,
se queda conmigo en casa.
EVARISTO. Que dice!
MATILDE. Oh!
D.ª ROSA. Qué anarquía!
JUAN. Desde hoy, querida Matilde,
vamos á mudar de vida;
soy tu marido, y no quiero
que me tomen por un quidam.
No intento dar á entender
que no me inspire una íntima
confianza el primo, pero,
siempre el público critica

y no quiero ser el blanco
de su terriblema licia.
Las apariencias engañan...

MATILDE. Nunca por ir con mi tia
podrá criticarme nadie.

JUAN. Es cierto; pero si os miran
acompañadas de otro
que no soy yo...

D.ª ROSA. (Bajo á Matilde.) Matildita
mantente firme.

MATILDE. Yo tengo
la conciencia muy tranquila;
usted quiere indisponerme
sin duda con mi familia,
y está usted muy engañado,
pues tambien tengo energía,
y no he de sufrir mas tiempo
el yugo que me esclaviza.

ESCENA III.

Dichos ménos MATILDE.

D.ª ROSA. Dice bien!

EVARISTO. Tiene razon!...
Vale un imperio esa chica!
Pero que le ha dado al primo...

D.ª ROSA. Evaristo, las anginas.

EVARISTO. Pues tambien es cosa rara...
dá esa enfermedad manías?

JUAN. (Y es mi mujer la que oí?
no puede ser, es mentira;
no es mi mujer, no señor;
me la trasformó esa arpía!)

D.ª ROSA. Tú, te has propuesto, Juanito,
matar á esa pobre niña

á disgustos.

JUAN. Esta es otra!

D.ª ROSA. Pero tiene aquí á su tia...

JUAN. Que es cuanto puede tener
para labrar su desdicha.

D.ª ROSA. Eso es, échame ahora
la culpa; ceba tu ira
injuriándome.

JUAN. Por Dios
y las ánimas benditas;
quiere usted dejarme en paz!

D.ª ROSA. Sí, te dejo; pero cuida
de lo que haces; tu esposa
es un ángel, una niña
que mejor suerte merece;
debes mirar por su dicha,
sino quieres con la suya
labrar tu desgracia misma.

ESCENA IV.

JUAN y EVARISTO.

JUAN. Habrá un ser con mas paciencia!

EVARISTO. Ánimo, D. Juan; la tia
se olvidó de la dolencia
que aqueja á usted, y enseguida
se incomodó; pero calma:
los males que Dios envia
hay que sufrir con paciencia;
nada logra si se irrita;
al contrario, empeorará.
Dése usted una unturita
esta noche al acostarse
con enjundia de gallina,
y encontrará usted alivio.

JUAN. Oiga! (Fuera de sí.)
EVARISTO. Volveré enseguida;
voy á comprar un ramito
de flores para mi prima.

ESCENA V.

JUAN.

Vive Dios! Que esto me pase!
Mal haya mi suerte amén!
Y es esta, señor; es esta
la dulce luna de miel?
Reniego de mi fortuna:
quién mas desgraciado, quién?
Esa tia contumaz
imágen de lucifer
y el apéndice del primo,
son una pareja que...
Y mi esposa, mi Matilde,
en quien la dicha cifré!...
como hay Dios que me divierto;
voy á buscar un cordel...

ESCENA VI.

JUAN y SANTIAGO.

SANTIAGO. Señuritu.
JUAN. Nadie llama.
¿Has oido?
SANTIAGO. Ya lu sé.
JUAN. Entónces, que haces aquí?
SANTIAGO. Venia á decir á usté
que hay ahí fuera un caballeru
que dice lu quiere ver.

JUAN. Su nombre ha dicho?
SANTIAGO. Sí, diju...
JUAN. Cómo se llama; quién es?
SANTIAGO. Me diju que se llamaba...
Canastus! ya se me fué.
JUAN. Bestia!
SANTIAGO. Bestia? Nu señor!
es otru nombre.
JUAN. Cruel!
SANTIAGO. Déjeme que haga memoria
ú que pregunte otra vez.
JUAN. No es necesario; sal, corre,
dile que pase.
SANTÍAGO. Está bien.
JUAN. Oh! con unos y con otros
el juicio voy á perder.

ESCENA VII.

JUAN y ALBERTO.

ALBERTO. (Dentro.) En donde está? Voto al Cid!...
JUAN. Esa voz!...
ALBERTO. (Saliendo.) Al fin te cazo!
JUAN. ¡Alberto!
ALBERTO. (Abrazándolo.) Dáme un abrazo!
aprieta!
JUAN. Tú por Madrid?
ALBERTO. Sí, chico; vengo emigrado.
JUAN. Cómo!
ALBERTO. Abandoné mi hogar;
me quisieron atrapar;
el lance fué muy pesado.
JUAN. Cuestion política! Eh?
ALBERTO. No; cuestion de faldas.
JUAN. Bravo!..
ALBERTO. Trataron de hacerme esclavo

y á Dios gracias me libré.
Me agrada la libertad,
á nadie vivir sugeto...
aunque por poco cometo
la insigne barbaridad
de casarme.

JUAN, Si, hombre?

ALBERTO. Sí;
figurate que locura!
me entusiasmó una criatura...
á tiempo la conocí!
Bajita, gruesa, morena,
pelo negro, pié pequeño,
mirar ardiente y risueño,
la conocí en Cartagena.
Era un dechado, un primor,
sus facciones tengo impresas...
en fin, chico, era una de esas
que nos receta el doctor.

JUAN. Hola!

ALBERTO. Estuve amonestando.

JUAN. Tú!

ALBERTO. Pensarlo me da tedio;
mas hubo un diablo por medio
y escapé de ser casado.
Sábete, pues, abreviando,
que mi futura tenia...
qué dirás hombre? una tia!

JUAN. Me lo estaba figurando!..
La tia...

ALBERTO. Fué la causante
de mi rompimiento.

JUAN. Bueno!..

ALBERTO. Dió entrada en la casa á un trueno
graduado de comandante.
Tomó este al punto franqueza,
y él y la tia.... no es cuento,

á mi adorado tormento
devanaron la cabeza.

JUAN. Fué su amor tan poco estable?

ALBERTO. Uf!! siempre tiene Cupido
entre las hembras partido
cuando aparece con sable.

JUAN. Dejaste de frecuentar
la casa luego?

ALBERTO. Así es;
y lo que supe despues
es muy largo de contar.
Vamos, te habrás de reir;
al mes, para su escarmiento,
partió de allí el regimiento,
y ojos que te vieron ir!
La tia, al siguiente dia
solicitó con afan
de mí... figurate Juan
lo que solicitaria!

JUAN. Casaca?

ALBERTO. Cabal.

JUAN. Demonio!

ALBERTO. A pretension tan risible,
contesté que era imposible
semejante matrimonio.
Mi proceder de menguado
tachó, y en esta contienda
ella se puso la venda
siendo yo el descalabrado.
Dió en perseguirme, y ya harto
de la maldecida vieja
que sosegar no me deja,
tomo la maleta, parto,
y diciendo: ancha es Castilla,
vengo sin mas dilacion
á curarme mi pasion
á la coronada villa.

Por fin, ya me encuentro aquí,
y libre de aquella arpía.
Chico lo que es una tia!...

JUAN. Y me lo cuentas á mí!
A mí, que llegué á perder
mi paciencia, nada escasa,
desde que entró en esta casa
la tia de mi mujer!

ALBERTO. De tu mujer!

JUAN. Soy casado!

ALBERTO. Te compadezco infinito!

JUAN. Hoy purgando mi delito
me lamento de mi estado.

ALBERTO. Infeliz!

JUAN. Antes, mi esposa,
era una mujer modelo;
era mi paz, mi consuelo,
me trataba cariñosa,
me cuidaba como á un niño,
toda era amor y poesía,
pero, ay, Alberto, la tia
dió al traste con su cariño.
Enemiga sempiterna
de la paz, ya se propasa;
tomó el mando de la casa
y ella sola es quién gobierna.
Tiene un sobrino además,
el cual ha llegado á ser
la sombra de mi mujer:
siempre, siempre vá detrás!
Traté de dar pasaporte
al primito, mas su tia
dijo que si tal hacia
se ausentaba de la córte
yendo á vivir á Alcorcon
los dos con mi esposa bella.

ALBERTO. Pero ella que dice?

JUAN. Ella
es de la misma opinion!
Mira si estòy divertido!
ALBERTO. Hombre! y tu no encuentras modo
de poner remedio á todo?
Válgate Dios por marido!
JUAN. Yo, ya perdí la paciencia!
ALBERTO. Un consejo á darte voy:
tú vas á obrar desde hoy
con entera independencia.
Muestra ser indiferente
á su deseo mayor,
y muy pronto por tu amor
la encontrarás impaciente.
De esta manera preveo
que un cambio en ella has de ver.
Vamos á hacerla creer,
que tienes un trapicheo.
Al principio trinará
poniendo el grito en los cielos,
la consumirán los celos,
pero capitulará.
JUAN. Me temo que en valde sean
tus propósitos; que quieres!
ALBERTO. Yo conozco á las mujeres
y se del pié que cojean.
JUAN. Pero crees que tal cosa
podrá...
ALBERTO. Si, tu salvacion
es la pena del talion;
hay que aplicarla á tu esposa.
Tu reposo me interesa,
no tengas la menor duda;
si necesitas mi ayuda,
yo te ayudaré en la empresa.
No te arredres, en mí fia,
que si en mi plan persistimos,

verás como conseguimos
que reniegue de la tia.

ESCENA VIII.

Dichos y EVARISTO, que sale por el foro con un ramo de flores.

EVARISTO. Están en el gabinete?
(Figurando hablar con el criado desde la puerta.)
ALBERTO. Así hémos de conseguir...
JUAN. Calla que pueden oir.
ALBERTO. Quién es este mozalvete?
JUAN. El primito.
ALBERTO. Empiece el plan.
EVARISTO. Dí á mi tia que aquí espero.
ALBERTO. Mi querido Baldomero
(Abrazándole fuertemente.)
tu siempre tan guapo y tan...
EVARISTO. Suelte usted.
ALBERTO. Nadie me quita
que te abrace. (Sin soltarl o.
EVARISTO. Que sudores
¡que desoja usted las flores
y me mancha la levita.
ALBERTO. Yo que te hacia en Orense...
EVARISTO. Usted viene equivocado
y por otro me ha tomado.
ALBERTO. Es verdad!... usted dispense.
EVARISTO. No, no hay de qué. (Que animal!
de corage estoy que bramo!
ha estrujado todo el ramo,
que hombre mas original!)
ALBERTO. Se ha estropeado el ramito?
EVARISTO. Es claro, con el embite...
ALBERTO. A ver, usted me permite?
Qué lástima; era bonito!
Seria para regalo...

EVARISTO. Para mi prima.
ALBERTO. No digo!
Pues para una prima amigo
está ya el pobre muy malo.
EVARISTO. Me abrazó con tal furor....
ALBERTO. (Examínando el ramo.) Uf! Cuanta flor desojada;
lo siento, no vale nada,
compre usted otro mejor.
(Lo tira por el balcon.)
EVARISTO. (Y lo tira! yo me inmuto.)
ALBERTO. Mi carácter es muy llano;
seré su amigo: esa mano. (Eslrechándosela.)
EVARISTO. Ay, ay, ay. (Que hombre mas bruto.)
ALBERTO. Alberto Lara me llamo;
cuénteme por servidor.
Se sienta usted?
EVARISTO. No señor;
voy á comprar otro ramo.
(Vase por el foro.)

ESCENA IX.

JUAN y ALBERTO,

ALBERTO. Ja, ja, ja!
JUAN. Que cosas tienes!
ALBERTO. Oh, pobre tonto! mi táctica
mientras me des facultades
para poder emplearla,
hará que libre te veas
de ese necio que te cansa.
JUAN. Si tal consigues, Alberto,
te he de erigir una estátua.
ALBERTO. Ya he comenzado mi plan
y no pierdo la esperanza.
JUAN. Sin embargo...
ALBERTO. Desconfias?
JUAN. Es una empresa tan árdua!

ALBERTO. Pues es el único medio
de devolverte la calma.
JUAN. Bien, en tus manos lo dejo.
Pero aquí charla que charla
estamos ya media hora,
y no me has contado nada
de tu familia; está buena?
ALBERTO. Sin novedad.
JUAN. Y tu hermana?
ALBERTO. Se casa dentro de poco;
y apropósito, esta alhaja
como regalo de boda
la hé comprado esta mañana.
(Sacando un estuche del bolsitlo.)
JUAN. Lindo, muy lindo aderezo.
ALBERTO. Yo no sé de quien me valga
para mandárselo.
JUAN. Sigue
en Toledo?
ALBERTO. Sí.
JUAN. Mañana
va destinado á ese punto
un íntimo amigo.
ALBERTO. Calla!
nunca mejor ocasion;
lo verás antes que parta?
JUAN. Tengo que ir á despedirlo.
ALBERTO. Entónces á él se lo encargas.
JUAN. No hay inconveniente.
ALBERTO. Ten.
JUAN. Permíteme que á esta alhaja
acompañe otro presente;
(Quitándose nna sortija y colocándola en el estuche.)
tambien la amistad regala.
ALBERTO. Y que es ello?
JUAN. Poca cosa:
esta bonita esmeralda
que compré hace cuatro dias.

ALBERTO. Es de mucho gusto; aguarda.
(Yéndose al velador y escribiéndo.)
JUAN. Que vas á hacer ?
ALBERTO. (Leyendo lo escrito.) Ya verás.
« A la cariñosa Juana,
en prueba que no la olvidan
Juan Giron y Alberto Lara. »
Este papelito dentro.
(Coloca el papel dentro de la caja y se lo dá á Juan, que lo guarda en el bolsillo de la levita.)
JUAN. Hombre !...
ALBERTO. Ten.
JUAN. Hácia esta sala
vienen mi esposa y su tia.
ALBERTO. Me alegro; pero que cara
tan particular has puesto !
Domínate, pecho al agua !

ESCENA X.

Dichos, MATILDE y D.ª ROSA.

MATILDE. Juan ! (Sin ver á Alberto.)
ALBERTO. (Saludando.) Señoras....
MATILDE. Caballero...
si estorbamos...
ALBERTO. Oh, no; nada
de eso.
JUAN. Presento á ustedes
á mi amigo Alberto Lara.
ALBERTO. El que estaba muy ageno
de obtener honra tan alta.
JUAN. Déjate de cumplimientos.
D.ª ROSA. Sabe usted que esta es su casa,
y de hoy en mas en nosotras
tiene dos amigas.
ALBERTO. Gracias.
Esta señora...

JUAN. Es mi tia.
(Alberto saluda á D.ª Rosa con una inclinacion de cabeza.)
Mi esposa. (Presentando á Matilde.)

ALBERTO. (Igual saludo que á D.ª Rosa.)
Chico es muy guapa.
Picaron, que feliz eres.

JUAN. Sí!

ALBERTO. Tienes en tu compaña
dos lindos luceros, dos
hermosisímas Dianas.

JUAN. (Hombre, hombre!) (Tirándole de la levita.)

ALBERTO. (Déjame.)

D.ª ROSA. (Qué franco es!)

ALBERTO. Pero calla,
están ustedes en pié. (Aproximando sillas.

MATILDE. Sentémonos.

D.ª ROSA. (Este Lara
me parece un buen muchacho,
tiene un carácter que encanta!)
(A Alberto.) Ha mucho tiempo que ustedes
se conocen?

ALBERTO. Oh! ya es larga
la fecha; calcule usted,
ibamos juntos á cátedra.
Qué tiempos aquellos, Juan,
y cuantas barrabasadas
tenemos hechas!... te acuerdas?
entónces, chico, no estabas
tan grave, tan circunspecto;
has cambiado mucho.

JUAN. Vaya,
y que quieres?...

ALBERTO. Qué que quiero?
ver mas alegre esa cara.

D.ª ROSA. Esa es mi mania, esa,
y yo no sé porque causa
ha de estar así, Matilde

estraño como lo aguanta.

JUAN. En todo, señora, en todo
mete usted su cucharada.

D.ª ROSA. Me estás faltando.

MATILDE. (A su tia) (Por Dios...)

ALBERTO. Hombre ! respeta esas canas ;
á una señora mayor !...

D.ª ROSA. (Qué es lo que dice ! qué audacia !
Tú no me has teñido bien
la cabeza esta mañana.)

MATILDE. (Si tiita.)

D.ª ROSA. (No señora !
Jesús, estoy sofocada.)

MATILDE. (Qué tiene usted ?)

ALBERTO. (A Juan.) (Hizo efecto.)

D.ª ROSA. (Ese jóven ya me carga !)

ALBERTO. Tú te has casado muy pronto;
de modo que no me estraña
en tí semejante cosa.
Te aburrirás...

D.ª ROSA. (A Matilde.) (¿ Oyes ?)

JUAN. (A Alberto.) (¡ Calla !)

ALBERTO. Y hablándote con franqueza,
tuviste valor : caramba !
casarse !

MATILDE. Segun usted,
el matrimonio...

ALBERTO. Es la santa
institucion que la iglesia
estableció. No se trata
de su desprestigio, no,
sino de probar que infausta
suele ser para el que jóven
aun no ha tendido las alas,
y sin mundo ni esperiencia
se doblega ante sus aras.
El hombre, para casarse,

á la edad de... verbigracia,
de cuarenta para arriba ;
entonces ya tiene causa
para conocer el mundo
y las mugeres....

JUAN. (Te callas?)

ALBERTO. Mas casarse como este
á los veinte y seis, bobada!

MATILDE. Pues yo opino de otro modo :
que saca cualquier muchacha
que se case, por ejemplo
con un viejo? si ; que saca?
pues yo considero viejo
al que de cuarenta pasa.
Si él ya cansado de mundo,
busca la tranquila calma,
ella, paloma inocente,
de la libertad privada,
con un corazon de fuego
que solo comprende el que ama,
será feliz con el hombre
que cuente la edad pasada
de los amores? por Dios!
él nieve, ella fuego, vaya
eso es matar las pasiones,
es echar al fuego agua.

ALBERTO. Usted tiene esa opinion
y es natural...

JUAN. Todo cambia ;
cuánto matrimonio hay jóven
y ellas al mes de casadas
se aconsejan con el diablo?

D.ª ROSA. (Eso es pulla!)

ALBERTO. Y tú mostrabas
aversion al matrimonio!
verdad que tuviste tantas
novias... que al fin no es estraño...

JUAN. (No mientas.)
ALBERTO. (Déjame y calla
ó me levanto y me voy
y te dejo en la estacada.)
MATILDE. Con que tuvo!...
ALBERTO. Si señora;
debilidades humanas!...
amaba á cuantas veia.
MATILDE. (Ve usted tia?)
D.ª ROSA. Qué! te estraña
esa conducta? pues todos
hacen lo mismo.
MATILDE. (Que infamia!
y me dijo que yo era
su primer amor!)
D.ª ROSA. (¡Que cándida!)
MATILDE. (Oh! me las ha de pagar!)
ALBERTO. Chico, te acuerdas de Juana?
JUAN. (De que Juana?)
ALBERTO. (Dí que sí.)
De aquella rubia tan lánguida
que tanta humedad te hizo
tomar bajo sus ventanas.
La de la calle del pez.
JUAN. Ah! si.
ALBERTO. La pobre muchacha
casó con un capitan
de húsares de Calatrava,
pero no sé en que refriega
le tocó al pobre una bala
y murió de sus resultas;
me la encontré esta mañana
en la calle de Carretas,
y me ha ofrecido su casa
cuyas señas voy á darte
por si quieres visitarla.
MATILDE. No es necesario; mi esposo

no visita...

ALBERTO. Yo ignoraba...

MATILDE. Sale de casa muy poco...

JUAN. (Mira que estoy hecho un ascua!)

ALBERTO. Sin embargo, como este
fué su amante, yo pensaba...

MATILDE. Hoy es casado.

ALBERTO. Es verdad;
pero eso no quita para...

MATILDE. Que dice usted!

D.ª ROSA. (Los amigos!...)

ALBERTO. No has vuelto á ver á Adelaida?

MATILDE. Quien es esa?

ALBERTO. Una morena
que le costó unas tercianas!...
se encuentra en la misma fonda
donde yo estoy de parada.
Y ahora que de fonda hablo,
voy á venirme á tu casa,
se come tan mal, la carne
la sirven cruda, las salsas
insoportables... y luego
el servicio es malo.

D.ª ROSA. Vaya
una franqueza!

ALBERTO. No quiero
que digas que no te trata
con confianza tu amigo.
Esto si no estorbo!

D.ª ROSA. (Anda!)

JUAN. Quieres callar, tú no estorbas...

D.ª ROSA. (Estamos frescos!)

ALBERTO. De Laura
nada sabes?

JUAN. No.

ALBERTO. Ni yo.
Que pulmonia, caramba,

te costó llevarla al baile
aquella noche!..

JUAN. (Hombre!)

ALBERTO. Vaya
si estuviste grave! un mes
ó mas te costó de cama!
Te acuerdas de Concepcion?

JUAN. (A Dios! con esta me mata.)

ALBERTO. Hermosa chica, rolliza,
con un ojo que vizcaba,
pero graciosa, eso sí;
de ella no supiste...

JUAN. Nada.

ALBERTO. Ha sido un D. Juan Tonorio,
un calavera. (Levantándose.)

JUAN. Te marchas?

ALBERTO. Si; pero vuelvo enseguida;
voy á ver si me trasladan
el equipaje. Ahora mismo
te lo mandaré.

D.ª ROSA. (Ya escampa.)

ALBERTO. Estoy á los piés de ustedes.

MATILDE. Beso á usted la mano.

ESCENA XI.

Dichos, ménos ALBERTO.

D.ª ROSA. Vaya
con veinte mil de á caballo!
Ese hombre es una plaga.
Qué descaro; y se ha atrevido
á decir que tengo canas!

JUAN. Dijo una verdad de á fólio.

D.ª ROSA. Pues no es cierto.

JUAN. Muchas gracias.

MATILDE. ¿Y se vendrá aquí á vivir?

D.ª ROSA. Ya lo oiste.
MATILDE. Es mucha audacia!
Tú tienes la culpa de esto.
JUAN. Pero si es amigo....
D.ª ROSA. Nada
nos importa su amistad.
JUAN. Me trata con confianza.
D.ª ROSA. Pero, por mucha que tenga,
está bien ir á una casa
y decir aquí estoy yo?
Siendo entre hombres todo pasa;
pero en donde hay señoras...
Esta al ménos es casada,
pero yo...
JUAN. Usted no pierde
señora ninguna hilacha.
(Si creerá que está en estado
de merecer, la muy fátua?)
D.ª ROSA. Haz lo que quieras; me voy
por que si pierdo la calma...
(A Matilde.) Pusiste en mi tocador
el cosmético?
MATILDE. Si.
D.ª ROSA. Anda,
ven que te espero.
MATILDE. Ya voy.
D.ª ROSA. Traete el agua de las hadas. (Vase.)

ESCENA XII.

MATILDE y JUAN.

MATILDE. Con que usted, cuando soltero
tuvo tantas novias!...
JUAN. Si.
MATILDE. Y nada me dijo á mí;

está muy bien caballero.
(De su conducta traidora
me hé de vengar por quien soy.)
Esta noche al teatro voy.

JUAN. Vaya usted con Dios, señora.
Me importa acaso?

MATILDE. Que escucho!
Con qué no le importa?

JUAN. No;
por que tambien pienso yo
divertirme mucho.

MATILDE. Mucho!...
Y con quién? Tal vez con esa
viudita que Lara ha dicho?

JUAN. Quién sabe.

MATILDE. Fué su capricho
hace tiempo y le interesa
sin duda verla, muy bien;
diviértase señor mio. (Llorando.)

JUAN. Lloras?

MATILDE. (Disimulando.) Llorar!... si es que rio!...

JUAN. No tienes celos?

MATILDE. De quién?
(El consejo de mi tia
conviene seguir.)

JUAN. Es que
como que mi amada fué....

MATILDE. Y que me importa....

JUAN. Creia...

MATILDE. Agraviarme? Mal creido;
nada hará usted que me espante.

JUAN. Pero...

MATILDE. De aquí en adelante
imitaré á mi marido.

JUAN. Hola! se propone usté
imitarme?

MATILDE. Sí señor.

JUAN. De veras? Falsa!
MATILDE. Traidor!
JUAN. Coqueta!
MATILDE. Me vengaré
yendo á los bailes; allí
danzaré con cien galanes.
JUAN. Yo iré aunque sea á capellanes
con la viudita.
MATILDE. Si.
JUAN. Si.
La disfrazaré de turca,
y prodigándola flores,
renovaré mis amores
al compás de la mazurca.
Hirémos al ambigú
y cenaremos juntitos,
en santa paz y solitos
y hablándonos tú por tú.
MATILDE. Pobre de usted si hace tal!
JUAN. Y usted que tiene que ver?..
MATILDE. O soy ó no su muger!..
JUAN. Mi muger! nombre fatal!
MATILDE. Le pesa!
JUAN. Me pesa, sí.
MATILDE. Entónces, cual es el nombre
que debo de dar al hombre
que se ha olvidado de mí?
Al que creyendo sencillo
le dí mi amor y mi fé,
y ahora salimos, con qué
tuvo novias á porrillo!
Al que por mi suerte impía
dí la mano ante el altar...
si una no puede fiar
de los hombres en el dia!

ESCENA XIII.

Dichos, SANTIAGO con maleta y sombrerera por el foro.

SANTIAGO. Donde pongu este equipaje?
MATILDE. Que me preguntas á mí!
SANTIAGO. Es que...
MATILDE. (Retirándose.) Lárgate de aquí.

ESCENA XIV.

JUAN y SANTIAGO.

SANTIAGO. En donde metu...
(Al volverse tropieza con Juan y éste le dá un puntapié.)
JUAN. Salvaje,
vete!
SANTIAGO. Oh, suerte inhumana!
JUAN. Oíste?
SANTIAGO. Vaya un aprietu!
Peru señor donde metu...
JUAN. Donde á tí te dé la gana. (Vase.)

ESCENA XV.

SANTIAGO.

SANTIAGO. Donde yo quiera? nu es nada!
Donde lu culucaria!... (Meditando.)
(Con resolucion.) En la alcoba de la tia
que está mas desocupada.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

SANTIAGO, cepillando una levita.

Buenu: siempre en esta casa
hemus de estar trabajandu;
cepillaré esta levita
nu sea que llegue el amu
y se la quiera poner
y la halle puerca...

ESCENA II.

Dicho y MATILDE.

MATILDE. Santiago?
SANTIAGO. Que manda usté, mi señora?
MALILDE. Aun no ha venido tu amo?
SANTIAGO. Creu que no.
MATILDE. Deja eso;
di que enganchen.
SANTIAGO. (Vase por el foro.) Voy volandu.

MATILDE. Siento una intranquilidad,
un malestar tan estraño...

ESCENA III.

Doña ROSA y MATILDE.

D.ª ROSA. Todavía estás así?
Son las ocho menos cuarto
y poco puede tardar
tu primo; levanta, vamos.
MATILDE. Estoy lista y en poniéndome
el abrigo...
D.ª ROSA. Hoy el teatro
debe estar muy concurrido;
hace su debut el bajo.
Toma, abróchame este guante.
Y tu esposo está en su cuarto?
MATILDE. Salió á las seis con su amigo
y aun no ha vuelto.
D.ª ROSA. Qué casados!
pues la alhajita del otro,
del Albertito, es un pájaro!...
Me sienta bien el vestido?
MATILDE. Si señora.
D.ª ROSA. Y el peinado?
MATILDE. Perfectamente.
D.ª ROSA. Estás triste,
muchacha, tú tienes algo.
MATILDE. No señora.
D.ª ROSA. No lo niegues.
MATILDE. Si no es nada.
D.ª ROSA. Tú has llorado;
te lo conozco en los ojos.
MATILDE. Pues bien tia, á qué negarlo;
mi esposo...
D.ª ROSA. Lo sospechaba;

si es un tuno, un bribonazo!
Qué ha hecho?

MATILDE. Que no me quiere.

D.ª ROSA. Bien, eso no es nuevo; al grano.

MATILDE. La venida de su amigo
en otro lo ha trasformado;
por eso mi desventura
juzgo cierta; yo le amo,
y él infiel á mi cariño
otros tiempos recordando,
de otra muger quizá busca
los fementidos alhagos.

D.ª ROSA. Estás celosa?

MATILDE. Celosa!...
si tia, le quiero tanto...
siempre le quise, mas nunca
cual hoy que le miro ingrato.

D.ª ROSA. Pero de esa ingratitud
tendrás pruebas, tendrás datos...

MATILDE. Datos, sus mismas palabras;
pruebas, sus obras; hablando
con él antes de salir,
le dije que iba al teatro,
y en vez de mostrarme enojo
tan solo mostrome agrado.
Luego, con un retintin
que no he podido olvidarlo,
me dijo: muy bien, señora,
diviértase usted, que en tanto
yo procuraré lo mismo.

D.ª ROSA. Nada tiene eso de estraño.

MATILDE. Pero si me ha prometido
vivir sin hacerme caso!...

D.ª ROSA. Eso es distinto.

MATILDE. Y andar,
ay tia, de picos pardos!...
Si es como todos los hombres

inconsecuente y muy falso.

D.ª ROSA. Yo no sé como ha podido
tan pronto dar ese cambio;
ayer sumiso, obediente
le vimos á tus mandatos,
y hoy...

MATILDE. Hoy á esta casa
trajo sin duda el diablo
á su amigo; él le aconseja,
habrán recordado entrambos
sus hazañas de solteros,
son francachelas y... vamos...
si soy lo mas desgraciada!

D.ª ROSA. Calma, Matilde: no es tanto
el apuro; eres muy niña,
yo te llevo algunos años
y te debo aconsejar.
Mira, los hombres son malos,
indómitos y soberbios,
pero con astucia y tacto,
puede la muger lograr
volverlos tímidos, mansos.

MATILDE. Donde va usted á parar?

D.ª ROSA. Yo opino que lo acertado
es darle celos con alguien.

MATILDE. Qué dice usted? celos!

D.ª ROSA. Claro.
Y mira nunca mejor;
tienes el remedio á mano.
Evaristo...

MATILDE. Soy honrada!

D.ª ROSA. Yo no lo digo por tanto.
El remedio que propongo
ha de ser plan combinado
y se ha de jugar muy limpio.

MATILDE. No, yo no doy ese paso.

D.ª ROSA. Pues vivirás desgraciada.

MATILDE. Bueno, viviré penando.
Tal vez comprenda algun dia
la causa de mi quebranto;
tal vez entonces consiga
que vuelva amante á mis brazos.

D.ª ROSA. Haz lo que quieras; ya ves
hija, que yo solo trato
de apartarte del abismo
que se estiende ante tu paso,
y en el que por fin caerás
á no obrar Dios un milagro.
Llaman; sin duda es tu primo.
No, que es tu marido: vamos
y concluirás de arreglarte.

MATILDE. (De donde vendrá!)
(Entran en la habitacion de Matilde.)

ESCENA IV.

ALBERTO, JUAN y SANTIAGO por el foro.

JUAN. Al teatro
se fueron ya las señoras?

SANTIAGO. Nu señor.

ALBERTO. Oye muchacho.
Donde has puesto mi equipaje?

SANTIAGO. Ahí lu tiene, en ese cuartu.
(Por el de D.ª Rosa.)
Se ofrece algu mas?

ALBERTO. No.

SANTIACO. Entonces
con su permisu...

JUAN. Santiago;
mientras que yo estube fuera
vino alguien á casa?

SANTIAGO. Pablu
con una cuba de agua.

JUAN. Eh! Vete! ¿Que estás mirando?
SANTIAGO. Nada señor. (Que mal geniu!
Aquí debe pasar algu.) (Vase por el foro.)

ESCENA V.

ALBERTO y JUAN.

ALBERTO. Con que hizo efecto mi plan?
JUAN. Si chico, demasiado.
ALBERTO. Es un remedio probado.
JUAN. Te aseguro á fé de Juan,
que en apuro me pusiste,
y que mi paciencia harta
estaba de oir la sarta
de enredos que las dijiste.
ALBERTO. Aun son pocos.
JUAN. Por San Pablo!...
basta ya de estratagema;
vé que con ese sistema
nos va á llevar el diablo.
Ella tiene poco mundo.
ALBERTO. Yo en cambio tengo esperiencia.
JUAN. No es prudente...
ALBERTO. Esa apariencia
en que la fundas?
JUAN. La fundo,
en que cuando tú saliste
y aquí con ella quedé
seguí tu consejo...
ALBERTO. Y qué!
JUAN. Qué? que se puso muy triste.
Proseguí tendiendo el lazo,
y me conmovió su apuro;
de buena gana, lo juro,
la hubiera dado un abrazo.
ALBERTO. Hombre la ocurrencia alabo!

JUAN. Me detube...
ALBERTO. Hiciste bien.
JUAN. Aumenté mas mi desden
y mi indiferencia...
ALBERTO. Bravo!
JUAN. No salió la empresa vana
y al fin celosa la ví.
ALBERTO. Que dices? celosa!
JUAN. Si;
de tu improvisada Juana.
Y tanto, que se creyó
que amor en mi pecho imprime
la tal viudita.
ALBERTO. Sublime!
JUAN. Que al baile la llevo.
ALBERTO. Oh!
JUAN. Se puso lívida.
ALBERTO. Bueno!
JUAN. Y me llamó libertino,
infiel y traidor.
ALBERTO. Divino!
Mantente en ese terreno.
JUAN. Calculas tú que podria?
ALBERTO. Hay algun inconveniente?
JUAN. No conoces lo exigente,
lo taimada que es la tia;
pues con sus medios arteros,
temo, y temo con razon
que se la lleve á Alcorcon.
ALBERTO. La tierra de los pucheros!
JUAN. Semejante campanada
es necesario evitar;
dariamos mas que hablar!...
y las consecuencias...
ALBERTO. Nada
de eso temas.
JUAN. Cómo no!

ALBERTO. Nunca hará tal tu muger.
JUAN. La querrás tú conocer
mas que la conozco yo?

(Juan empieza á ojear un libro que habrá encima del velador.)

ALBERTO. No tal; mas si cariñosa
conserva en el corazon
un resto de esa pasion
que tanto eleva á la esposa,
de tí no se apartará;
y aun cuando asi sucediere
por el pronto, si te quiere
á tu lado volverá.
JUAN. Y si durante la ausencia
algun galan amoroso...
no, no quiero hacer el oso.
ALBERTO. (Riendo.) Pues me gusta la ocurrencia!
Confias en ella?
JUAN. Si,
y mi confianza es mucha;
pero, apropósito, escucha,
oye lo que dice aquí.
«Es de vidrio la muger,
pero no se ha de provar
si se puede ó no quebrar
porque todo podria ser.
Y es mas fácil el quebrarse,
y no es cordura ponerse
á peligro de romperse
lo que no puede soldarse.»
Con tal consejo presente
quieres no tema un fracaso?
ALBERTO. Pero hombre! vas á hacer caso
del *Curioso Impertinente?*
JUAN. Fuera inferirle un agravio
á su autor.
ALBERTO. Si?
JUAN. No te espantes;

Aquí lo puso Cervantes,
y Cervantes era un sábio.
Mal haya la vieja arpía
imágen de Lucifer!
Oh! que feliz debe ser
un matrimonio sin tia!

ALBERTO. No te desesperes, Juan,
que en el mundo no hay esposo
completamente dichoso;
todos con el mismo afan
tachan su suerte de negra,
pues siempre les dá que hacer
la tia de la muger,
ó la cuñada, ó la suegra.
Casta maldita, que abunda
para aumentar las querellas;
mi opinion respecto á ellas
en este tema se funda:
suegras, cuñadas y tias,
vichos que inventó el demonio,
son plagas del matrimonio;
fulminantes pulmonias;
fatal, detestable terno
para el sexo masculino;
las tres por igual camino
nos conducen al infierno.
Por eso todo su afan
en este lema se encierra:
«Guerra á los casados.»

JUAN. Guerra?
pues mira, guerra tendrán.
Ya estoy harto, seré un Cid;
desde hoy comienza la lidia;
me van á tener envidia
los maridos de Madrid.

ALBERTO. Guerra sin mas dilacion.

JUAN. No esperes, no, que me ablande.

ALBERTO. Bravo! vas á ser mas grande
que el mismo Napoleon.
JUAN. Fuego al enemigo!
ALBERTO. Fuego!
JUAN. No haya cuartel desde ahora.
ALBERTO. Aquí sale tu señora.
(Tomando los sombreros y dando el suyo á Juan.)
Toma y sígueme.
JUAN. (A Matilde al tiempo que sale.) Hasta luego.

ESCENA VI.

DICHOS MATILDE.

MATILDE. (A Juan.) Vas á salir?
JUAN. (Sin saber que escusa darle.) Si, nos vamos
antes que se haga mas tarde.
ALBERTO. (Comprendiendo la vacilacion de Juan.)
Señora por esta noche
tiene usted que dispensarle;
no se ha podido evadir
de un compromiso...
JUAN. Este sabe
la poderosa razon
que nos obliga..... Tú sales
al cabo?
MATILDE. Voy á la ópera.
JUAN. Bueno; luego no esperarme,
volveré á la madrugada,
en llevándome una llave...
MATILDE. Qué! vas á pasar la noche
fuera de casa!
JUAN. Es probable...
ALBERTO. Se ha puesto malo un amigo.
JUAN. Hija, le ha dado un ataque...
ALBERTO. Opinan que es pulmonía!...
JUAN. Pulmonía fulminante!...
ALBERTO. Está de mucho peligro...

JUAN. Será un milagro si sale.
ALBERTO. Y tenemos que velarlo.
JUAN. Ya ves, la amistad...
MATILDE. Dominándose.) (Tunantes!)
JUAN. Con que diviértete mucho;
procura no constiparte
al salir.
ALBERTO. Si, que la noche
no está muy buena; hace un aire...
JUAN. A Dios.
ALBERTO. A los piés de usted.
MATILDE. (Estos se van á algun baile!)
Que se mejore el amigo...
JUAN. Pobrecito!...
ALBERTO. Falta le hace!
(A Juan.) Viste que pálido estaba!
JUAN. Qué! si parecia cadáver!
ALBERTO. Infeliz!
JUAN. Con cuatro hijos!
ALBERTO. Y sin suegra!
JUAN. Dios le salve!
(Salen precipitadamente por el foro haciendo aspavientos.)

ESCENA VII.

MATILDE, despues D.ª ROSA y SANTIAGO.

MATILDE. Hipócritones! Oh! yo
hé de descubrir su trama.
Tia, tia; Santiago!...
(Tirando del cordon de la campanilla.)
aunque alborote la casa...
D.ª ROSA. Qué te sucede, qué es esto?
MATILDE. ¡Ay tia!
D.ª ROSA. Pero que pasa?
MATILDE. Que han salido.
D. ROSA. Toma, toma.

SANTIAGO. Señorita, usté llamaba?
MATILDE. Hecha á correr al momento,
pero volando, despacha,
vé donde entra el señorito
y traeme razon.
D.ª ROSA. Mas calma;
no vés que con esa ropa
pueden conocerlo? Vaya
y disfracese al momento.
MATILDE. Toma esta levita.
(Dándole una de Juan que habrá en una de las sillas de la sala.)
D.ª ROSA. Trata
de que no te vean.
SANTIAGO. Buenu.
MATILDE. Ponte este sombrero; marcha.
(Dándole uno de Juan que habrá encima del velador.)
SANTIAGO. Voy curriendu. Este bulsillu
pesa mucho; es una caja.
(Sacando el estuche del aderezo que Alberto entregó á Juan.)
MATILDE. ¿A ver? (Tomándolo.)
D.ª ROSA. Date prisa.
SANTIAGO. Bien.
Pareceré un marqués. (Contemplando la levita.)
D.ª ROSA. (Llevándolo hácia la puerta.) Anda.

ESCENA VIII.

MATILDE y D.ª ROSA.

MATILDE. Vamos á ver lo que es esto.
Un aderezo! Esta alhaja...
y aquí hay un papel!
D.ª ROSA. Qué dice?
MATILDE. (Leyendo.) «A la cariñosa Juana,
en prueba que no la olvidan
Juan Giron y Alberto Lara.»
Vé usted, que puedo esperar

del hombre que así me engaña?
Saliò mi sospecha cierta!

D.ª ROSA. Se ha visto mayor infamia!

MATILDE. Y aqui tambien la sortija
que el muy aleve llevaba!

ESCENA IX.

MATILDE, D.ª ROSA, EVARISTO por el foro.

EVARISTO. Buenas noches. Que sucede?
(A D.ª Rosa.)
como la encuentro tan seria?
(A Matilde.) Y tú lloras?

D.ª ROSA. Evaristo,
esto es atroz; no sospechas!...

EVARISTO. Yo, nada.

D.ª ROSA. Pues es que Juan...

EVARISTO. La ha dado un mal rato?

D.ª ROSA. (Mostrándole el aderezo.) Llega,
mira; de su ingratitud
aparecieron las pruebas.
Hé aquí el cuerpo del delito.

EVARISTO. Válgame Dios, quien dijera...
fiaté del agua mansa!

D.ª ROSA. Ya lo ves, un calavera
que á su mujer deja en casa
y corre tras de la agena;
que predicando moral,
contra la moral atenta.
No es esto infame?

EVARISTO. Es inicuo!

D.ª ROSA. No sé el gobierno en qué piensa,
que no dá á luz una ley
fuerte, enérgica, severa,
y al marido que á ella falte,
no le amarre á una cadena,
lo manda á Fernando Póo

y muere de la epidemia.

EVARISTO. Vamos, sosieguese usted.

D.ª ROSA. Si ahora mi hermano viviera,
no se quedaria impune
este borron, esta afrenta.

MATILDE. Tia, ya estoy decidida;
mañana en cuanto amanezca,
si usted quiere nos irémos
léjos de esta casa.

D.ª ROSA. Sea.
Tú nos acompañarás?

EVARISTO. Con mucho gusto.

D.ª ROSA. Dispuesta
dejaremos la partida.

EVARISTO. (Pues señor, algo se pesca;
ya sin temor al marido
puedo hacerle la rueda
y al fin lograré... yo siempre
hé sido audaz con las hembras.)
A que hora es la marcha?

D.ª ROSA. Así
que despunte el alba. Entra
y arreglaremos la ropa
que hemos de llevarnos. Esta
misma noche vete en busca
de un coche.

EVARISTO. Sí.

D.ª ROSA. Que en la puerta
nos espere: ajustalo
lo primero; vamos, cesa
ya de llorar, por que no
merece ese calavera
que tus lágrimas derrames
por él.

EVARISTO. (No es mala la gresca
que se ha armado, yo me alegro,
á rio revuelto... etcetera.

MATILDE. Ay, tia!
D.ª ROSA. Qué! te arrepientes?
has variado de idea?
MATILDE. Arrepentirme! no, vamos
suceda lo que suceda. (Vánse.)

ESCENA X.

EVARISTO.

Preveo una... de pópulo;
esto va á tener fin trágico;
está mi tia frenética;
y el primo! será lunático?
A una beldad tan angélica
dejar, y correr impávido
detras de una ninfa incógnita,
quizá de una ave de tránsito!
Ay, pobre prima; yo intrépido,
pues que no me falta ánimo,
te consolaré solícito
ya que tu esposo tiránico
ha considerado lógico
ese proceder vandálico.
Caerá en mis redes la tórtola;
yo soy un chico simpático...
y empleando cierta fórmula,
pues en esto ya estoy práctico,
conseguiré que ella, cándida,
corresponda á mi volcánico
afecto; mientras, la sátira
se cernerá sobre el pánfilo
del marido; sin mas prórroga,
lo pondre por obra y rápido...
Pasos suenan, (Mirando al foro y ocultándose en la habitacion de Juan.) aquí ocúltome;
es el primo, voto el chápiro!

ESCENA XI.

ALBERTO y JUAN por el foro.

ALBERTO. Nadie nos ha visto entrar
felizmente.
JUAN. Así lo creo.
ALBERTO. Ahora estará en el teatro;
pero cualquier cosa apuesto
á que no se halla tranquila.
JUAN. Ya viste el desasosiego
en que la dejamos.
ALBERTO. Es
primer síntoma de celos;
por que ella no habrá creido
nuestras palabras, de hecho.
JUAN. Lo menos que se figura
es que me cansa su afecto...
ALBERTO. Y esta noche, desvelada
mil vueltas dará en el lecho,
sin conseguir que sus ojos
lleguen á rendirse al sueño.
JUAN. No es mala la estratagema;
pero francamente, temo
que tomando la revancha
me coloque en un aprieto,
y salga siendo discípulo
por hecharla de maestro.
ALBERTO. No pienses tal, la muger
cuando nos contempla tiernos,
pone todo su cuidado
en servirnos de tormento;
pero cuando vé que uno
se le muestra desafecto,
entónces cede y acaba
por variar de bisiesto.

JUAN. Tendrás razon, pero advierte
que si ella...

ALBERTO. Nada advierto;
déjalo para mañana
que ahora tengo mucho sueño,
y ya es razon que descanse
de las dos noches que llevo
sin dormir, pues el viage
ya sabes que fué molesto.
Con que buenas noches.
(Dirigiéndose al aposento de doña Rosa.)

JUAN. Buenas.
Donde vas?

ALBERTO. A este aposento,
que es el que me han destinado
segun dijo el estafermo
de tu lacayo.

JUAN. (Como estrañándolo.) (Es estraño;
la tia ceder su puesto...
podrá ser.)

ALBERTO. Hasta mañana.

JUAN. Felices chico y buen sueño.

ESCENA XII.

JUAN.

Yo tambien estoy rendido,
y no es estraño, que ha sido
pésimo el dia, fatal;
para perder el reposo
me casé; es muy hermoso
el lazo matrimonial!
El tal primito es un ente...
con la escusa de pariente
pudiera ser... no lo eximo
por que al fin es hombre y...
oh, no; pues lo que es amí

no me la ha de dar de primo.
Vaya! mas... que ha de querer
á tal necio mi muger?
Ah! la tia infatuada
para mí es la pena negra;
no hay duda, no; es una suegra
con ribetes de cuñada!

ESCENA XIII.

JUAN y D.ª ROSA.

JUAN. (Mas calle, aqui viene.
Va á verme y lo siento.
No han ido al teatro.)
D.ª ROSA. (Aquí está, me alegro.)
Felices.
JUAN. Muy buenas.
D.ª ROSA. Mudó al cabo el tiempo.
JUAN. Si; está algo nublado.
(No sé que la encuentro;
que cara mas fosca!)
D.ª ROSA. Por fin sus deseos
verá realizados
mañana.
JUAN. No acierto...
D.ª ROSA. Pues es muy sencillo;
mañana me ausento,
mi quinta me espera,
vivir mas no quiero
al lado del hombre
que paga en desprecios,
el dulce cariño
de aquel ángel bello
que pruevas constantes
le diera de afecto.
Me voy; me sobrina

conmigo mi llevo ;
allí, distraida
podrá al poco tiempo
legarle al olvido
teniéndole lejos.

JUAN. Señora, señora!
á que viene eso?
usté á mi Matilde
baraja los sesos;
usté, que sin duda
se tiene propuesto
trocar esta casa
que fué antes un cielo,
en mar borrascoso
de males sin cuento.

D.ª ROSA. Marido que olvida
los sanos preceptos
y es lobo vestido
con piel de cordero,
y goza mirando
su esposa gimiendo,
y deja lo propio
por ir tras lo ageno,
ni siente cariño,
ni es caballero,
ni noble, ni honrado,
ni justo, ni bueno.

JUAN. Esposa que escucha
y aprecia consejos
de vieja tarasca
doctora en enredos,
y adusto al marido
preséntale el ceño,
y al fin lo abandona
buscando pretestos,
ni tiene cariño,
ni puede tenerlo,

ni siente, ni ama,
ni amó en ningun tiempo.

D.ª ROSA. Muy mal la conoces!

JUAN. Muy bien la comprendo!

D.ª ROSA. En fin, me retiro.

JUAN. Tambien yo me ausento!

(Retírase cada cual á su habitacion.)

ESCENA XIV.

D.ª ROSA, seguida de ALBERTO que sale poniéndose la levita; despues JUAN y EVARISTO.

D.ª ROSA. Que hace en mi cuarto á deshora:
esto de la raya pasa!

ALBERTO. No alborote usted la casa.

D.ª ROSA. Que libertino!

ALBERTO. Señora!

D.ª ROSA. Asi el honor se atropella!

ALBERTO. Que honor ni que niño muerto,
juro á usted á fé de Alberto...

D.ª ROSA. Sorprender á una doncella!

ALBERTO. Si el sorprendido soy yo.

D.ª ROSA. Profanar mi cuarto así!

ALBERTO. Señora; yo he entrado ahí
porque así se me indicó.

D.ª ROSA. Quién en usted lo creyera!
infame accion!

ALBERTO. Dale bola!

D.ª ROSA. Quiso usted pillarme sola!

ALBERTO. Un demonio!

D.ª ROSA. Soy soltera.

JUAN. Salga usté! (Sacando á Evaristo de un brazo.)

D.ª ROSA. Evaristo!

EVARISTO. Tia.

D.ª ROSA. Suelteló usted.

JUAN. Pobrecito;
despues de ahogarlo.
ALBERTO. Maldito
si entiendo esta algarabía.
D.ª ROSA. Se ha vuelto loco! que pasa?
JUAN. Que lo esplique este danzante
EVARISTO. Si yo no sé...
JUAN. En este instante
que busca usted en mi casa?
EVARISTO. Honrado ha sido mi intento;
á mi tia á ver venia...
JUAN. Y para ver á su tia
se esconde usté en mi aposento?
Con tal escusa la calma
pierdo.
EVARISTO. Suélteme usted ya!
JUAN. Que lo suelte! eso será
despues de romperle el alma.

ESCENA XV.

Dichos y MATILDE.

MATILDE. Que ruido es este! Aqui él!
JUAN. ¡Ella!
MATÍLDE. Que es esto señor!
JUAN. Viene á aumentar mi furor
presentándose la infiel.
EVARISTO. Jesús que hombre mas tenaz;
suélteme usté ó por san Pablo...
ALBERTO. (Bajo á Juan.) Deja á ese pobre diablo
que salga y que vaya en paz.
JUAN. Tú, de mis males testigo
ese medio me propones?
ALBERTO. En ridículo te pones.
JUAN. No se ha de ir sin castigo.

D.ª ROSA. Hija, tu esposo es un vándalo!
MATILDE. Pero que ha pasado?
D.ª ROSA. Qué?
dímelo y te lo diré.
ALBERTO. Evita, Juan, el escándalo.
JUAN. Ya está libre; pero á mas
de callar cuanto aquí pasa,
va usté á salir de esta casa
para no volver jamás;
por que si en otra ocasion
le encuentro aquí...
D.ª ROSA. Que atropello!
JUAN. Le agarro á usted por el cuello
y le echo por el balcon.
Salga usted!
D.ª ROSA. Que descortes!
Arrojar así á un pariente
hacendado en Crevíllente
y biznieto de un marqués!

ESCENA XVI.

Dichos ménos EVARISTO.

JUAN. Y en cuanto á usted que tomó
por juguete mi cariño,
usted que infiel alentaba
las esperanzas del primo...
MATILDE. Como es eso? solo falta
que ahora venga mi marido
á tacharme de inconstante,
cuando tengo mas que indicios
de que cruel me abandona
por pasageros caprichos.
D.ª ROSA. Pensará usté que ignoramos
aquí sus planes inícuos!
ALBERTO. (Esto se va complicando.)

D.ª ROSA. Díganlo los regalitos...
JUAN. Que regalos ni que... usted
señora, es un basilisco;
un demonio, que mi casa
en infierno ha convertido.
D.ª ROSA. Comprendiéndolo me voy.
JUAN. Hará bien.
D.ª ROSA. Mañana mismo;
y me llevo á mi sobrina,
ahí queda usté con su amigo,
con ese buen caballero
que asalta los domicilios
y se entra en los dormitorios
atropellando atrevido
el pudor de las doncellas.
ALBERTO. Señora, por san Benito!
D.ª ROSA. Quítese ustéd de mi vista! (Váse.)
JUAN. Y usted...
MATILDE. Yo doy al olvido
hasta su nombre. (Váse.)
JUAN. Muy bien:
y no hay quien me pegue un tíro!

ESCENA XVII.

Dichos y SANTIAGO que entra precipitadamente y huye al encontrar en la escena á JUAN y ALBERTO.

ALBERTO. Calmate hombre.
JUAN. Quita allá;
dejamé en paz.
SANTIAGO. No he pudidu...
Caracoles, el maridu!
JUAN. Tambien este? (Exasperado al ver á Santiago.)
ALBERTO. (Cayendo de risa en una butaca.) Ja, ja, ja!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

MATILDE y JUAN.

JUAN. Señora, déjeme usted;
de disculparse no trate.
MATILDE. No, yo no busco disculpa;
quiero tan solo mostrarle
que nuestra separacion
es forzosa, inevitable.
Cómo vivir con el hombre
que me abandona inconstante!
JUAN. Y usted, señora, es quien pone
en sus labios esa frase!
usted, que dando al olvido
su amor, hoy clava punzante
espina en el corazon
del que creyéndola un ángel
le entregó á usted con su mano
cuanto al cielo plugo darle!
MATILDE. Y quien le ha dicho que olvido?...
con que derecho á infamarme
viene usted, cuando soy yo

la que aqui...

JUAN. Todo se sabe.

MATILDE. Y que sabe usted? sepamos.

JUAN. A que de nuevas se hace?
Yo ví á usted y la adoré,
de aquel amor puro y grande,
el lazo del matrimonio
vino á colmar los afanes.
Que tiempos! aquellos dias
se deslizaron fugaces
entre amorosos suspiros
y caricias incesantes!
Mas quiso mi desventura,
que á los seis meses cabales
entrase por nuestras puertas
ese dragon formidable,
esa tia, á quien detesto.
Con su genio dominante
se apoderó de esta casa,
y no contenta, usted sabe
que abrió la puerta al sobrino,
á ese ente insoportable.
Oh! con razon sospechaba
señora de ese danzante!
por eso anoche, aquí mismo
pude cogerle infraganti.
Cómo imaginar que usted...
la cabeza se me arde!

MATILDE. Pero...

JUAN. Inútil es fingir;
en vano trata ocultarme
la pasion que desde niña
la inspira el primo.

MATILDE. Que diantre
de embrollo es este? yo infiel
á mi esposo! usted se hace
muy poco favor, creyendo

que yo pueda así faltarle.
Míreme usted cara á cara
hay en mi rostro señales
que le indiquen lo mas nimio
de esa sospecha infamante?
Usted se juzga agraviado!
oh, pues está bien el lance!
usted ofendido! y yo...
yo paso aquí por culpable!

JUAN. Negará...

MATILDE. No; cuando niña
las apasionadas frases
escuché del primo; pero
las olvidé en el instante
que ví á usted; y aun suponiendo
que tal vez hoy me alhagasen,
no juzga usted oportuno
que de esa manera pague
al hombre que me abandona
por otra?

JUAN. Y usted no sabe,
que aun que eso fuese cierto
no deja de ser culpable
esa conducta? En el hombre,
todo, todo tiene pase;
pero en la mujer, jamas;
la mujer es vidio fragil
que lo mas mínimo empaña,
y su tesoro mas grande
es su honra; si en el siglo
en que vivimos, pensaren
muchas de esta manera,
tal vez, señora, evitasen
el cúmulo de desgracias
que á las familias les traen.

MATILDE. Segun usted, la mujer
debe hacer vida de mártir,

en tanto que el hombre, libre
comete infidelidades?

JUAN. No; por que tambien los hombres,
señora, han de sugetarse
á sus deberes; ahora,
no encontrando en sus hogares
la paz, el dulce cariño
y ese reposo envidiable
de la familia, no es mucho
lo busquen en otra parte.

MATILDE. Y á usted le falta eso aquí?

JUAN. Tiempo es que esta farsa acabe,
y sepa que esas sospechas
que alberga, tan solo nacen...

ESCENA II.

Dichos y D.ª ROSA.

D.ª ROSA. Matildita.

JUAN. (Ya está aquí
la tia.)

D.ª ROSA. Te iba buscando,
para decirte que ya
lo tengo todo arreglado
y que en breve...

MATILDE. Bien está.
Va usté á salir?
(Viendo que Juan toma el sombrero.)

JUAN. Si, me marcho;
tengo que hacer.

D.ª ROSA. Pues entonces
si se le ofrece á usted algo...
ya sabe que en Alcorcon...

JUAN. Gracias; (que va á que la agarro
y la...)

Dª. ROSA. Usted lo ha querido,
nosotras nunca este paso

hubieramos dado, pero
usted nos obliga...

JUAN. (Vamos,
puede que aun quieran probarme
que las hecho de mi lado.)

D.ª ROSA. Comprenda usted que imposible
es el continuar entrambos
de esta manera, usted rompe
de la familia los lazos.

JUAN. Señora, por Jesucristo!

D.ª ROSA. Le ofendo?

JUAN. No es necesario
para decir que se vá
usar de tanto preámbulo.
Vayan ustedes con Dios,
yo tambien de Madrid parto;
me voy á pasar al moro
á ver si entre aquellos bárbaros
hallo la paz que me falta.

D.ª ROSA. Muy buena eleccion, la aplaudo!
Allí podrá usted su casa
convertir en un serrallo.
Vá con usted la viudita
de aquel capitan?...

JUAN. No aguanto
mas esa broma; ya basta.
Sepan ustedes que es falso
todo lo que de esa Juana
se ha dicho, pues combinado
estaba el plan con Alberto.

MATILDE. No trate usted de enmendarlo,
pues ya de sobra sabemos
aqui la verdad del caso.

JUAN. Que dice usted?

MATILDE. Tengo pruebas.

D.ª ROSA. Y palpables.

JUAN. Bien estamos!

que pruebas son esas? digan.

D.ª ROSA. No piensa hacerle un regalo?

JUAN. Harán que pierda el juicio!
que embrollo es este? Eso es falso

MATILDE. No señor.

D.ª ROSA. De ningun modo;
lo hemos tenido en las manos.
Parece que su amiguito
entra tambien... que callado
se queda usted!

JUAN. No señora,
no, que de cólera estallo.
Esto no es vivir, ustedes
van mi paciencia agotando,
y por servirme, mi amigo
me desacredita y...

D.ª ROSA. Vamos,
su amigo de usted!

JUAN. Sin duda.

D.ª ROSA. A que viene hacerse el santo
si no me convence?

JUAN. Yo
de convencerla no trato,
ni esplicacion debo darla
de ninguno de mis actos;
y mas, cuando usted la culpa
tiene de lo que ha pasado.

D.ª ROSA. Lo siento; ya desde hoy
le dejo á usted libre el campo.

JUAN. Mil gracias.

D.ª ROSA. No hay por que darlas.

JUAN. Tiempo ha debió egecutarlo.
Váyase usted á su pueblo,
mientras yo quedo rogando
á Dios Todopoderoso
que se la lleve el diablo. (Váse por el foro.)

ESCENA III.

MATILDE y D.ª ROSA.

D.ª ROSA. Escuche usted! Que grosero!
Se ha visto igual?
MATILDE. Calma, tia.
D.ª ROSA. Vamos, te digo hija mia,
que ver otro así no espero!
Pero tu estás alterada
y es razon que te serenes
MATILDE. Alterada yo!
D.ª ROSA. Qué tienes?
Responde.
MATILDE. No tengo nada.
D.ª ROSA. Por qué lo ocultas así?
MATILDE. Pues bien tia; á pesar mio,
aun que he visto su desvio
siento alejarme de aquí.
Yo no se lo que me pasa,
mi corazon es tan niño,
le tengo tanto cariño,
tanto interés á esta casa...
Aquí, en dulce reposo
ví deslizarse los dias
de continuas alegrias,
de aquel bien estar dichoso,
que únicamente concibe
quien presa en amantes lazos,
feliz descansa en los brazos
del sér que con ella vive.
D.ª ROSA. Hija, ese tiempo pasó
cual todo en el mundo pasa.
MATILDE. Y he de abandonar mi casa!
D.ª ROSA. Es necesario; sinó

pasarás por una boba
ante las gentes, oh, si ;
mientras se rie de tí
quien su cariño te roba.

MATILDE. Mas si ha dicho que de Alberto
dimana todo ese enredo.

D.ª ROSA. Pues yo creerlo no puedo;
porque si eso fuese cierto,
rendido, amante y sencillo
evitara estos tropiezos,
y no llevara aderezos
guardados en el bolsillo.
Ya ves, pues, que delincuente
debe ser; no hay mas remedio;
sinó, nos mostrara el medio
de probar que es inocente.

ESCENA IV.

Dichos y EVARISTO.

EVARISTO. Ví salir hace un momento
á tu esposo, y he subido
para noticiar á ustedes
que espera el coche.

MATÍLDE. Oye primo;
que es lo que aquí pasó anoche?
dime, porqué mi marido
de aquel modo te trató?

EVARISTO. Que quieres! momentos críticos
hay en la vida del hombre!
siempre ocurren compromisos...
traté de darle una broma
y se cargó; yo político
andube, pues no queria
dar escándalo; esto hizo

que el prorrumpiera en bravatas;
las que por respeto al sitio
en que estaba toleré.

D.ª ROSA. Mal hecho!

EVARISTO. Si hubiera sido
en otra parte, le juro
que no quedan sin castigo
sus acciones ; yo lo creo,
oh! pues bonito es el niño!

MATILDE. Pero bien; que broma fué
la que tú...

EVARISTO. Nada.

MATILDE. Evaristo;
te ruego que no me ocultes
por mas tiempo los motivos
del escándalo de anoche.

EVARISTO. Con que ello ha de ser preciso?

D.ª ROSA. Habla que yo te lo mando.

EVARISTO. Pues escuchen : aquí mismo
estaba yo meditando
sobre el proceder inícuo
de tu esposo, mas de pronto
siento pasos , me aproximo
al corredor, miro y veo
que de puntillas, queditos,
se dirigen ó esta sala
tu conyuge y el amigo.
La curiosidad me pica,
en su alcoba me deslizo,
y allí detrás de la puerta
pude, aguzando el oido,
de entrada tan misteriosa
averiguar el motivo.

D.ª ROSA. Lo averiguaste?

EVARISTO. Cabal.

D.ª ROSA. Ya hay otro dato.

EVARISTO. De fijo.

D.ª ROSA. Y trataron...
EVARISTO. De acostarse
y reposar muy tranquilos.
D.ª ROSA. Y eso es todo?
EVARISTO. Si señora;
despues se marchó el amigo,
salió usted, él penetró
en la alcoba y sorprendido
quedó al verme; sospechó
que llevaba algun designio,
y cojiéndome del brazo,
hecho una furia, aturdido
á esta estancia me condujo;
aquí lo demás suprimo;
ya sabes lo que pasó.
MATILDE. (Será posible! Dios mio,
así sospecha de mí!)
D.ª ROSA. El demonio es este chico!
tienes unas ocurrencias...
vente allá dentro conmigo;
tengo que ver si algo falta
entre los preparativos
del viage. (A Matilde.) Tú has guardado
en algun cofre el frasquito
del aceite de bellotas?
MATILDE. Si señora.
D.ª ROSA. Vamos hijo.
(Váse seguida de Evaristo.)

ESCENA V.

MATILDE, despues SANTIAGO.

Yo he de aclarar todo esto.
(Tira del cordon de la campanilla y se presenta Santiago con una carta en la mano.)
Cuando venga el señorito
díle que tengo que hablarle;

no lo olvides.

SANTIAGO. No lu olvidu.

ESCENA VI.

SANTIAGO.

Pues señor, hay desde ayer
en la casa un rebulliciu...
la señora tiene celus,
y anda escamadu el maridu
la una, se va cun la tia,
el otru se queda , el primu
para hablar con las señoras
ha entradu de tapadillu;
aquí debe pasar algu...
pur si es caso estaré listu.

ESCENA VII.

Dicho y ALBERTO.

ALBERTO. Donde está tu amo?

SANTIAGO. Salió.
Aqui tiene usté esta carta
que dejome una señora
para usté. (Dándosela.)

ALBERTO. Mucho me estraña!
quien podrá escribirme?

SANTIAGO. Es
una señora muy flaca;
vinu anoche cuatru veces
y viendo que no lu hallaba
escribió en ese papel
y me encargó...

ALBERTO. Santa Bárbara!

cayose la casa á cuestas!
maldita vieja! que plaga!
se ha venido trás de mí!
Pues señor, esto faltaba!

SANTIAGO. Que gestu pone, canariu,
que le diran en la carta;

ALBERTO. Pues! me exige el cumplimiento
de la palabra empeñada...
que yo cargue con la plepa
pretende; está fresca! vaya,
aquí ya no hay mas remedio
que seguir la retirada
poniendo tierra por medio
ó matar á esa tarasca.
Lo mejor es lo primero;
mira, Santiago; despacha,
saca de ahí mi equipaje,
pero pronto.

SANTIAGO. Es que se marcha?

ALBERTO. Hoy mismo. Que volverá
á las ocho dice! Anda,
date prisa.

SANTIAGO. (Pues señor
no entiendu ni una palabra.)

ESCENA VIII.

ALBERTO.

Cómo me despido ahora
de Juan? porque yo no puedo
si huir trato de la vieja
estar aquí por mas tiempo.
(Siéntase, escribe y habla al mismo tiempo.)
Voy á escribirle una carta,
y en ella le manifiesto
lo que sucede; que sepa

que de su lado me alejo,
sintiendo en el alma no
poner á su mal remedio.
El demonio son las tias!...
el pobre chico está fresco
tambien; ya tiene bastante
sino consigue el objeto
que se propone.

ESCENA IX.

Dicho y SANTIAGO con el equipaje de Alberto.

SANTIAGO. Señor.
En donde colocu esto?
ALBERTO. Déjalo ahí; en cuanto salga
pasarán á recogerlo.
SANTIAGO. Porque se vá usté tan prontu?
ALBERTO. Porque me conviene.
SANTIAGO. Buenu;
lo supongu.
ALBERTO. Pues ahorra
las preguntas. (Cierra la carta y se levanta.)
SANTIAGO. (Que misteriu!)
ALBERTO. Concluí! toma esta carta.
SANTIAGO. Déme usted.
ALBERTO. En el momento
que venga tu amo...
SANTIAGO. Ya estoy.
ALBERTO. Se la das.
SANTIAGO. Bien; le deseu
feliz viaje.
ALBERTO. Gracias; toma.
(Dándole una moneda.)
SANTIAGO. Señor...
ALBERTO. No perdamos tiempo.

ESCENA X.

SANTIAGO.

Estoy á los piés de usted,
que se mantenga usté bueno.
Cuatro duros comu cuatro
soles! ajajá, ya tengu
con que cumprarle á Duminga
un delantal y un pañuelu.

ESCENA XI.

Dicho y MATILDE.

MATILDE. Aun no ha vuelto el señorito?
SANTIAGO. Nu señora.
MATILDE. Ven acá.
Que llevas ahí?
SANTIAGO. Una carta.
MATILDE. Para tu amo?
SANTIAGO. Cabal.
MATILDE. Dame.
SANTIAGO. Es que. .
MATILDE. Trae y calla.
(No sé que inquieto pesar
me anuncia que es de esa Juana,
de esa viuda; que dirá?)
SANTIAGO. Hagu yo falta?
MATILDE. No; vete.
SANTIAGO. Peru...
MATILDE. Me dejas en paz?
SANTIAGO. Creu que en dar el papel
hice una barbaridad. (Váse.)

ESCENA XII.

MATILDE.

Que hombre! válgame Dios!
Pero señor, es posible
que mi esposo sea tan...
no se de qué califique
su conducta; vamos... sí
hasta parece imposible!
Con harta razon mi tia
me aconseja que le olvide,
que le deteste; Ah! veamos
quien esta carta le escribe.

(Se dispone á leer la carta, pero oye pasos, mira al foro y entra precipitadamente en su habiiacion.)

Siento pasos; ellos son.

ESCENA XIII.

ALBERTO y JUAN.

ALBERTO. Pero hombre...
JUAN. Entra y no chistes.
Es una ridiculez
lo que tratas de hacer; mide
bien tus cálculos; adonde
vas á parar? imposible
es que esa mujer te deje?
ALBERTO. Pero hombre, si es lo mas chinche...
figurate que hace ya
mas de un año me persigue;
que en todas partes me encuentro
con aquella cara horrible;
que se agarra á mis faldones,
que rabia, que gruñe y gime,

y que por no estrangularla
seré muy capaz de irme
hasta las islas Bermudas
ó mas allá si aun me sigue.

JUAN. Vamos, te irritas por poco.

ALBERTO. Y no quieres que me irrite
si con falsos testimonios
milagros que yo no hice
quiere colgarme? No intentes
detenerme.

JUAN. Por la vírgen!
y quo hago yo si te vas?
hoy entre Scila y Caribdis
me encuentro; aconséjame,
vé que se va mi Matilde.

ALBERTO. Pues no la dejes marchar,
háblala al momento y dile
la verdad.

JUAN. Pero y la tia?

ALBERTO. Y la que ami me persigue?

JUAN. Por vida! y que haremos?

ALBERTO. Chico,
si en su corazon existe
el cariño, cederá;
con ella hablaré, posible
puede ser que la convenza.

JUAN. Ella sale; que termine
esta situacion deseo.
Ahí está; Dios te ilumine.

ESCENA XIV.

Dichos y MATILDE.

MATILDE. (Aquí los dos! corazon
tu dicha un poco reprime.)

ALBERTO. Voy allá.

JUAN. No te detengas.
Que veo! ya es imposible!
(Viendo salir á D.ª Rosa y Evaristo.)

ESCENA XV.

Dichos, D.ª ROSA y EVARISTO.

D.ª ROSA. Niña, cuando quieras.
JUAN. (A Alberto.) Oh!
y se irá...
D.ª ROSA. El tiempo pasa.
ALBERTO. Y la dejas partir?
JUAN. No,
es mi esposa; de algo yo
he de servir en mi casa.
ALBERTO. Señora, antes de salir
preciso es me escuche.
D.ª ROSA. Eh?
tratará usté de impedir...
MATILDE. Poco mas ó menos sé
lo que me querrá decir.
Pero no es esta ocasion
de detenernos á hablar.
ALBERTO. Es que yo...
D.ª ROSA. Tiene razon.
JUAN. Señora, en esta cuestion
no se debe usted mezclar.
D.ª ROSA. Es mi sobrina; me toca
mirar por ella.
EVARISTO. El marido
que tales lances provoca...
JUAN. (A Evaristo.) Usted se calla la boca
ó le cumplo lo ofrecido.
EVARISTO. (Callar es lo mas prudente.)
D.ª ROSA. Asi se atreve á tratar
nada menos que á un pariente!

EVARISTO. (Quien hace caso? esta gente
está por civilizar.)
D.ª ROSA. Vaya! (Con Enojo.)
JUAN. (Lo mismo.) Que!...
ALBERTO. (Interrumpiéndolos.) Termine el pique,
callen ustedes los dos;
yo á la cuestion pondré dique.
D.ª ROSA. Vámonos.
JUAN. Eso...
MATILDE. Por Dios!
quieren dejar que me esplique?
ALBERTO. Hable usted.
D.ª ROSA. Habla.
MATILDE. Pues bien:
espero que esta porfia
ya por terminada den;
yo se lo ruego á usted tia,
y á usted Alberto tambien.
De mi niñez desvalida
usted ha sido el amparo;
por eso toda la vida
firmemente le declaro
que la estaré agradecida.
A disculparme no voy,
ni otras intenciones llevo
que cumplir mi deber hoy,
al recordar que la debo
cuanto valgo y cuanto soy.
Usted puso aqui los piés,
y con el solo interés
de hacer una buena accion
empeoró la situacion;
mas no se crea despues
de lo pasado, que abriga
mi pecho hacia usted desprecio;
todo dolor se mitiga;
esta es mi mano de amiga.

D.ª ROSA. En vez de odiarle!...
MATILDE. Le aprecio.
ALBERTO. Me tiene absorto!
JUAN. Y á mi!
D.ª ROSA. Que dices?
MATILDE. Tiempo es que aquí
reine la paz, el reposo.
D.ª ROSA Pero no partimos?
MATILDE. (Abrazando á Juan.) Si,
á los brazos de mi esposo.
JUAN. Que es esto? (Sorpresa en todos.)
ALBERTO. Bien!
EVARISTO. Aturdido
estoy!
D.ª ROSA. Mas yo no me esplico...
ALBERTO. Señora, pues no lo ha oido?
MATILDE. Me quedo con mi marido.
JUAN. Bendito sea tu pico!
D.ª ROSA. Pero este cambio, sobrina,
me da muy claro á entender
que no sigues mi doctrina,
y si bien hoy se examina...
MATILDE. Hoy es hoy, y ayer ayer.
Cayó la venda fatal
que ante los ojos tenia,
y le aseguro formal,
que obro con mi esposo mal
si á usted obedezco tia.
Y no es que agraviarla quiero,
ni que tal opine espero;
mas comprenda, que es forzoso
entre mi tia y mi esposo,
elegir á este primero.
Por que el infinito Sér
que nos vino á redimir,
en su profundo saber,
quiso con un lazo unir

al hombre y á la muger.
Y ese lazo bienhechor
que nuestro bien reconcilia,
es el verdadero amor,
es la paz de la familia
que nos infunde el Señor.

JUAN. Dice bien.

ALBERTO. Esta es tu esposa!

D.ª ROSA. Quién imaginar podia
en tí semejante cosa!...
Estas de mi pesarosa,
no es cierto?

MATILDE. No es eso tia.
No me mire con enojos
por favor!

D.ª ROSA. Y estos sonrojos
á mi edad, no son acerbos?...
Que bien dicen!... Cria cuervos
y te sacarán los ojos!
Ingrata, y yo que creí...

EVARISTO. Nos vamos?

D.ª ROSA. Vámonos, si.

MATILDE. De mi casa siempre abierta
encontrará usted la puerta;
nadie la arroja de aquí.

D.ª ROSA. No importa, no; yo me voy,
sé bien que demás estoy,
que solo sirvo de estorbo,
que en una palabra: soy...

ALBERTO. (Peor que el cólera morbo.)

MATILDE. (Suplicante.) Tia!

D.ª ROSA. Os desprecio á los tres.
Ir me dejas sola!

JUAN. Pues,
no la acompaña el pariente
hacendado en Crevillente
y biznieto de un marqués?

D.ª ROSA. Vente conmigo Evaristo.
ALBERTO. (Trinando va de coraje.)
D.ª ROSA. No te acuerdes de que existo;
piensa que nunca me has visto.
MATILDE. Pero...
D.ª ROSA. Nada. (Váse por el foro seguida de Evaristo.)
ALBERTO. Buen viaje!

ESCENA ÚLTIMA.

MATILDE, ALBERTO y JUAN.

ALBERTO. La dicha hoy vuelve á tu casa.
Yo me voy.
JUAN. Que terquedad!
MATILDE. Siento su incomodidad.
(Refiriéndose á D.ª Rosa.)
JUAN. Eso pronto se le pasa.
Pero á que debo el placer
de hallarte tan cambiada?
MATILDE. A esta carta interceptada
que ahora te voy á leer.
ALBERTO. Si será tal vez!...
MATILDE. (Mirada de inteligencia.) Quizá
la que usted sospecha.
ALBERTO. (Comprendiendo.) Entiendo.
JUAN. Pues señor, yo no os comprendo.
MATILDE. Escucha y comprenderás.
(Lée.) «Querido Juan: te juro
siento en el alma
tener que abandonarte;
dejo tu casa,
pues me persigue
la maldecida vieja
que ayer te dije.
A Madrid ha venido,
sigue mis pasos,

sabe, no sé por donde
que aqui me hallo;
temo me encuentre,
y esa va á ser la causa
de que me cuelgue.
Siento haber dado orígen
con mis enredos,
á que tu bella esposa
prueve los celos;
solo lo hice
con la grata esperanza
de verte libre.
Si trascurriendo el tiempo
quiere el destino
que os volvais vuestro mútuo
dulce cariño;
si haceis las paces,
dila que no me tenga
por un tunante.
Confio, en que procures
que el aderezo
que te entregué ayer tarde,
llegue á Toledo,
por que supongo
no olvidas, que mi hermana
se casa pronto.
Conque adios Juan del alma
que yo ya emigro;
haga el cielo recobres
el bien perdido,
y libre pronto
de primos y de tias
tu matrimonio.
Yo no sé hácia donde
dirija el rumbo,
mas ya hallaré camino
que ancho es el mundo;

adios, y manda,
á tu mejor amigo,
Alberto Lara.»

JUAN. Cesaron ya mis desvelos;
con tu amor dichoso soy.

MATILDE. Nueva vida desde hoy.
Esto produjo mis celos.
(Sacando de una cajita de encima del velador el aderezo.)

JUAN. Ya no dudas?

MATILDE. No en verdad.

ALBERTO. Y cómo dudar pudiera
sintiendo esa verdadera
completa felicidad?
Eha! tranquilos vivid,
sin que vuelva nube alguna
á empañar la dulce luna.

JUAN. Mas tú...

ALBERTO. Me voy de Madrid.

JUAN. Partes?

ALBERTO. Antes que me atrape
ese vieja contumaz.
Eha ; quedaos en paz. (Dándoles la mano.)
(Como concibiendo de pronto una idea.)

JUAN. Por que no te casas?

ALBERTO. (Asustado.) Zapé!

JUAN. Juzgas mal del matrimonio
por idea.

ALBERTO. No señor;
juzgo porque en el mejor
mete la pata el demonio.

JUAN. Ya caerás.

ALBERTO. Yo no me escluyo;
si que caeré, de seguro ;
pero si caigo, te juro
que no ha de ser como el tuyo.
A la que yo le haga caso,
se ha de hallar, por vida mia,

sin madre, hermana ni tia.

JUAN. No es fácil.

ALBERTO. Pues no me caso.
Ninguna á mi me engatusa.

JUAN. Eres exigente.

ALBERTO. Justo:
sino la encuentro á mi gusto,
la sacaré de la inclusa.
Con que, adios. (Volviendo á despedirse.)

JUAN. Escucha.

ALBERTO. Nada;
te suplico que me dejes.

JUAN. Pero antes de que te alejes,
pidamos una palmada.
(A Matilde.) Acepta tú mi consejo.
Di una palabra... (Señalando al público.)

MATILDE. (Ni media.) Ni media.

JUAN. (Dirigiéndose al público.
Gusta á ustedes la comedia?

ALBERTO. (Deteniéndolo.)
Calla, hombre! eso ya es viejo;
y es muy feo el obligar,
y mas feo el insistir,
en ponerte asi á pedir
lo que no te piensen dar.

JUAN. Entonces que voy á hacer?

ALBERTO. Poco entiendes de estas cosas:
al que no aplauda, le endosas
la tia de tu mujer.

FIN DE LA COMEDIA.

3 0112 117466745

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de la *Viuda é hijos de Cuesta*, calle de Carretas; de *D. Leocadio Lopez*, calle del Cármen; de los *Sres. Medina* y *Navarro*, calle del Arenal, y de *Durán*, Carrera de San Jerónimo.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion*, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.